

El nacionalismo y el caso de Irlanda

La Ilustración y sus secuelas románticas dieron lugar a dos doctrinas que se distinguen únicamente por la letra *s**. La primera consistía en que el pueblo (*people*) tenía derecho a la autodeterminación; la segunda en que los *pueblos* (*peoples*) contaban con este derecho. La primera creencia es la piedra angular de la democracia moderna, y desde luego del socialismo; la segunda es un ejemplo de mistificación romántica, lo que no ha evitado que buena parte de la izquierda política la hiciera suya. Tampoco su fundamentación filosófica ha recibido mucha atención en la literatura común acerca nacionalismo.

No hay nada en el hecho de ser irlandés o tibetano que implique que se tenga un derecho político a la autodeterminación precisamente por ser irlandés o tibetano, a no ser en la medida en que ser irlandés o tibetano significa ser humano, lo que permite disfrutar de un derecho a la autodeterminación sobre tales bases. Los irlandeses *qua* irlandeses no tienen más derecho a la autodeterminación que

* Quiero mostrar mi agradecimiento a Willa Murphy y Perry Anderson por sus inestimables comentarios críticos a este artículo.

los pecosos, los pelirrojos o los patizambos. Hasta el momento, ni los golfistas ni los tenderos han exigido un Estado político propio, y la gente de Cornualles *qua* de Cornualles tendría tanta legitimidad natural para ello como los anteriores.

Puede que existan determinadas condiciones extremas —la amenaza de genocidio, por ejemplo— que justifiquen que un grupo étnico cuente con su propio Estado, pero por regla general no hay que dejarse llevar por los casos extremos. Más adelante consideraremos otras condiciones menos extremas. Puede darse el caso de que se pertenezca a una comunidad política que coincida territorialmente con un grupo étnico específico, pero el derecho de autodeterminación de dicha comunidad es una cuestión política, y no una cuestión que venga dada por la etnicidad. Una persona étnicamente escocesa no está indiscutiblemente legitimada para participar en una futura Escocia autodeterminada si ha optado por permanecer en Tasmania como residente. La gente tiene derecho a afirmar su identidad étnica; pero no existe en principio ninguna razón que implique que para hacerlo necesiten formar su propio Estado. En cualquier caso, el derecho a la libre autoexpresión cultural, para que sea disfrutado igualmente por todos los grupos étnicos, supone en sí mismo un compromiso previo con ciertos valores universales de justicia, igualdad, autonomía y otros por el estilo. Y dicha autoexpresión cultural está limitada asimismo por los derechos políticos de los demás. Con el debido respeto a buena parte del pensamiento postmoderno que, en este sentido, no se asemeja más que a un ingenuo libertarismo romántico, la autorrealización cultural no es un bien absoluto en sí mismo, si, por ejemplo, un caso particular de ésta amenaza el marco democrático que asegura dichos derechos para todo el mundo. También en este sentido, la política está por encima de la cultura.

Compartiendo el programa del opresor

Sin embargo, se entiende bastante bien cómo estos dos enunciados pueden llegar a confundirse. Porque el hecho es que la gente ha de ser capaz de elegir su propio destino político en el que encontrarse a sí misma, y muy a menudo cómo se encuentra a sí misma es como miembro de algún «pueblo» o grupo étnico. En este sentido, exigir la libertad para los macedonios en tanto seres humanos en la práctica equivale a exigir la libertad para los macedonios en tanto macedonios, lo que para algunos constituiría un lastre metafísico algo excesivo. Debido a que el planeta ha sido en su mayor parte dividido en naciones, las reivindicaciones de autodeterminación de los pueblos colonizados tiende a enmarcarse en términos étnicos o nacionalistas, y por tanto, en algún sentido, encajan en el molde de sus opresores. Hay mucha verdad en la afirmación de que el nacionalismo no es más que una especie de colonialismo invertido. Si uno se ha constituido en «pueblo» en alguna medida gracias al propio poder colonial, o si ya contaba con una fuerte identidad étnica o nacional antes de que aparecieran los colonizadores, esto le proporcionará casi con seguridad los términos esenciales, aunque equivocados, sobre los que elevarse a una posición desde la que articular

su derecho humano universal a la autodeterminación. En la profusa historia del nacionalismo irlandés, los Irlandeses Unidos de finales del siglo XVIII, herederos de la Ilustración radical, fueron los únicos que articularon su anticolonialismo en términos eminentemente no nacionalistas y, desde luego, no étnicos. Las reivindicaciones anticoloniales —el deseo de reemplazar un poder impuesto desde otro lugar por otro democrático-popular— serán de este modo y en términos generales difíciles de distinguir de las reivindicaciones étnicas o nacionalistas, y la culpa de este malentendido entre política y cultura la tendrá, sobre todo, la historia colonial y no la miopía de cada uno. Y es que esa historia en cierto sentido determina las formas en las que podemos liberarnos de ella, por más que nos duela. Si mi propia opresión consiste en ser esclavo sexual del vicedecano de mi universidad, entonces me tendré que liberar en tanto esclavo sexual, que es el último modo en el que me gustaría definirme a mí mismo. Mi deseo no es el de ser un esclavo sexual libre; es el de ser un ser humano libre que en algún momento sufrió esta clase específica de ultraje, pero cuya libertad en el presente consiste en no tener que servir a ese propósito nunca más.

Además, si alguien tuviera que liberarse de un poder extranjero en nombre de una alternativa algo menos inútilmente abstracta que los derechos universales, en ese caso la etnicidad, o la nacionalidad indígena, resultarían formas de resistencia fáciles, incluso naturalmente asequibles, y de una extraordinaria fuerza política. Las nociones universalistas de autonomía y autodeterminación parecen estar pidiendo a gritos algún caso concreto si es que han de significar gran cosa, y las categorías de nación o etnicidad, con toda su rica especificidad, serían unas candidatas admirables para jugar este papel. De ahí que el giro de la autoemancipación ilustrada al nacionalismo romántico cobrara en Irlanda la forma de una transición de los Irlandeses Unidos (*Irish United Men*) a los Jóvenes Irlandeses (*Young Irelanders*).

El nacionalismo kantiano

Si la exigencia de autodeterminación de la Ilustración se enmarcaba con demasiada frecuencia en un estilo kantiano-individualista, el problema era el de traducir esta autarquía atomista en términos más comunales. Es a esta dificultad a la que Marx se enfrentaría progresivamente; pero mientras tanto, dado que la base para semejante comunalidad era escasa en la sociedad de clases, el nacionalismo se prestaba fácilmente como una forma alternativa de *Gemeinschaft* [comunidad] que tomaba al sujeto humano autónomo y autodeterminado de Kant para reformularlo en términos de nación o grupo étnico. Una versión colectivizada del sujeto solitario de la modernidad podría desarrollarse a partir de entonces como una alternativa a las condiciones de desintegración de la propia modernidad. Si la autonomía kantiana incluía tanto la libertad respecto a las formas heterónomas de determinación como el postulado de un yo unificado, nouménicamente inaccesible, que pudiera actuar como fuente de dicha libertad, entonces, no resultó difícil para algunos idealistas

alemanes tardíos traducir esto a la imagen de una nación que se unificaba y se autodeterminaba. Los aspectos positivos y negativos del nacionalismo se hallaban, por tanto, entrelazados desde su nacimiento, constituyendo partes inseparables del mismo credo teórico: por un lado, el impulso a emanciparse políticamente de un poder opresivo heterónimo; por otro, la premisa de que este proceso únicamente cobra sentido si emana de una esencia étnica o del espíritu unificador y autogenerador de la nación. Una las diversas dificultades de este planteamiento era que, dado que el pueblo debía constituir una entidad esencialmente indivisa para alcanzar la unidad nacional, podría desprenderse de ello que, a decir verdad, no necesitaba conseguirla por encima de todo.

Lo que nació como una explicación desmitificadora de la racionalidad humana pronto se convirtió en una especie de misticismo organicista. Y este particularismo místico fue enseguida la extensión metafórica de un modelo ilustrado, y un modo de resistencia contra su repugnante abstracción. Un mundo de naciones únicas, muy similar a la forma interior del artefacto estético, constituiría un universo de particularidades sensitivas, que de este modo prometían trascender de un golpe tanto la universalidad vacía como la particularidad ciega. Lo universal y lo particular se asociaron con fluidez también en el sentido de que el abstracto mundo del Estado político resultaba esencial para el florecimiento de una cultura étnica específica. Si el nacionalismo clamaba por una correspondencia exacta entre pueblo y Estado, en parte se debía a que el Estado era lo que conducía al pueblo a su más alta expresión; y si el Estado político contenía varios pueblos diferentes, algunos de ellos tendrían que sucumbir por este motivo. De este modo, el monolítico una nación-un Estado se situó, irónicamente, del lado de la diversidad cultural. Sin embargo, dado que naciones, etnias, culturas y Estados políticos en el mundo real no encajaban unos con otros tan armónicamente como lo hacían en las páginas de Herder o Fichte, el resultado de esta doctrina dio lugar a una historia de escisiones, secesiones, guerras civiles y conflictos étnicos, que se inició en el momento en que aquellos que estaban convencidos de que su condición de pueblos diferentes era motivo suficiente para lograr su autonomía política se pusieron a luchar por los mismos territorios o se enzarzaron en encarnizadas disputas fronterizas.

La primacía de la política

El movimiento que va de la cultura étnica a la nación y de ésta al Estado, en una serie progresiva de autorrealizaciones románticas, puede ser visto, tal y como observó Marx con relación a otra cuestión, como la inversión ideológica del auténtico proceso vital. De hecho, debemos comenzar por el otro extremo: es el nacionalismo político el que, en general, tiende a definir, remodelar y reorganizar las etnicidades para sus propios fines. La política, efectivamente, tiene que hacer algo con los hechos culturales dados, ya que el Estado-nación surgió en parte de identidades étnicas premodernas. Nos encontramos aquí con un vigoroso caso de «constructivismo»,

que a pesar de lo epistemológicamente radical, es en realidad imperialista de forma encubierta: nada existía con anterioridad al desenvolvimiento de las formas políticas de la modernidad. Aun así, son las formas políticas las que, hasta cierto punto, producen cultura, incluso si las propias instituciones políticas tienen que amoldarse a las exigencias culturales. La opinión opuesta es la que comparten tanto los nacionalistas románticos como los culturalistas postmodernos, dos bandos que apenas se han prestado atención en otros ámbitos. Para el nacionalismo romántico, el guión en *Estado-nación* sugiere la unidad entre cultura y política, un ámbito en el que la última expresa luminosamente la primera. La política es más representacional que constitutiva. En efecto, el nacionalismo cultural irlandés es conocido por su orgulloso desdén hacia la política como tal. El culturalismo postmoderno y la política de la identidad, al mismo tiempo que se muestran totalmente alérgicos hacia esa forma de identidad específica conocida como nación, se arriesgan a que la política colapse de modo similar dentro de la cultura. En lo que respecta al nacionalismo romántico, la utilidad de la política es la afirmación de una identidad cultural que en cierto modo ya está dada. Por más que esta identidad ya no tenga que entenderse como una esencia unificada, sí precisa, sin embargo, de expresión política precisamente por su hibridez y dislocación. Las semióticas inoportunamente figurativas del nacionalismo romántico son preservadas así de manera desplazada.

Es el nacionalismo político, sin embargo, el que reconstituye la cultura de las etnicidades como algo denominado «la nación», que a su vez exige necesariamente una patria, códigos legales comunes, una economía unificada y otras cosas por el estilo, que una comunidad étnica como tal no necesita. No existe, es innecesario recordarlo, una correspondencia biunívoca entre etnicidad, nación y Estado: un Estado-nación puede fraguarse a partir de muchas etnias diferentes; algunos grupos étnicos pueden aspirar a ser una nación pero no un Estado; entre ellos, algunos, los celtas, por ejemplo, pueden contar con varias naciones y no con varios Estados-naciones. No todas las naciones tienen o incluso desean tener sus propios Estados; puede darse el caso, tal y como ocurría en Irlanda antes de la independencia, que alguno de los grupos étnicos de una nación quieran tener su propio Estado mientras que otros no lo quieran; algunos pueblos, como los árabes, cuentan con varios Estados políticos, etcétera. En cualquier caso, la identidad étnica es, sin lugar a dudas, una base claramente resbaladiza y problemática sobre la que construir una política. Si el Estado es siempre en algún sentido un significativo defectuoso de la nación, se debe en parte a que el significado es impuro de cabo a rabo.

La doctrina del nacionalismo romántico sirvió, entre otras cosas, para ocultar el escandaloso universalismo de la doctrina ilustrada: el hecho asombroso de que a partir de entonces uno tenga derecho a la autodeterminación simplemente por su condición humana, y no por una determinada condición humana. Resulta irónico que un postmodernismo supuestamente radical tienda a ver estas reivindi-

caciones revolucionarias como políticamente sospechosas, e imagine, como residuo de una venerable tradición romántica, que resistirse a las mismas mediante el particularismo sea *ipso facto* un gesto subversivo. Cabría plantear en otros términos la diferencia entre estas dos formulaciones: la universalista y la particularista. Ningún conjunto de personas tiene derecho a gobernar sobre otro conjunto de personas, pero no porque la gente gobernada tenga un derecho natural a gobernarse a sí misma en tanto «pueblo». Si Escocia pudiera, de algún modo misterioso, lograr un mayor grado de autodeterminación política recuperando para las *Lowlands* una parte del noroeste de Inglaterra, entonces, *ceteris paribus*, no sería desaconsejable aceptar un arreglo semejante. Lo que está en discusión es la democracia política, no la autonomía étnica o nacional. En realidad, la autonomía nacional no presupone en ningún caso automáticamente la democracia; se trata más bien de una condición necesaria aunque no suficiente para lograrla, en la medida en que la libertad con respecto a la determinación de otro Estado-nación aguarda su traducción en términos de auténtica soberanía popular.

Contra las proclamas metafísicas

Esto no significa afirmar que lo malo del imperialismo o del colonialismo pueda reducirse a la cuestión de la democracia política; por el contrario, al menos para un materialista histórico, el imperialismo y el colonialismo no son en absoluto cuestiones eminentemente políticas. Se trata simplemente de rechazar los enunciados metafísicos que sostienen que lo malo de estas formaciones consiste en impedir a los tibetanos, por ejemplo, gobernarse a sí mismos «en tanto tibetanos». Entrecomillo esta expresión porque, si bien su significado es en algunos sentidos suficientemente claro, en otras no lo es en absoluto. A un cierto nivel, todo el mundo a excepción de los chinos comprende lo que significa «el Tíbet para los tibetanos»; a otro, que los tibetanos se gobiernen a sí mismos en tanto tibetanos puede llevar aparejada la idea de una identidad únicamente tibetana, en el sentido de una manera de experimentar el mundo sólo accesible a aquellos con orígenes étnicamente tibetanos. Esta idea no sólo es filosóficamente confusa sino moralmente alarmante. Mi postura no es que haya que privar a los tibetanos de su derecho absolutamente justificado al Tíbet, sino que hay que volver a considerar los fundamentos sobre las que queremos defender una postura semejante.

Lo cierto es que hay muchas situaciones en las que la distinción que estoy tratando de defender es más analítica que real: aquellas en las que, por decirlo con otras palabras, el único modo factible de alcanzar la autodeterminación política es en tanto pueblo específico, ya que ésta es la forma histórica en la que uno suele encontrarse, así como la base más evidente sobre la que resistirse a los que impiden el propio derecho de autodeterminación. Así, esta forma histórica es tanto un problema como una posibilidad. Pero la distinción sigue siendo importante, tanto en la práctica como en la teoría. Presupone que, por ejemplo, en principio, no es peor que la nación que te coloniza sea de una etnicidad diferente a la propia. En principio, re-

sulta igual de malo ser colonizado por aquellos cuya etnicidad es a grandes rasgos del mismo tipo. Los británicos y sus colonos norteamericanos eran muy próximos étnicamente, pero esto no hizo que el dominio británico en Norteamérica fuera en principio algo más tolerable o disculpable que el que los británicos ejercieron en Jamaica o Irlanda. Lo importante es el hecho de que alguien se vea impedido para dirigir sus propios asuntos, y no que se niegue el supuesto derecho a una identidad étnica sin trabas. Desde un punto de vista democrático, un Estado sería igualmente criticable si estuviera dirigido por aquellos ciudadanos que midieran más de cinco pies y diez pulgadas de altura que por invasores extranjeros. El colonialismo es mucho más censurable que una simple falta de democracia interna, pero esto se debe a que además implica otros tipos de opresión y explotación, y no a que los administradores hablen una lengua diferente a la propia. En cualquier caso, los administradores del mismo grupo étnico podrían hablar una lengua diferente, por ejemplo, francés en lugar de ruso.

De acuerdo con los nacionalistas, no se puede tener libertad cultural si no se disfruta además de libertad política. Sin duda, esto es cierto, pero de ello no se sigue que el derecho de alguien a la autorrealización cultural implique el presupuesto político específico de dirigir el propio Estado. No existe ninguna base filosófica sólida para creer esto, por más que, como acabamos de ver, a menudo sea necesario en la práctica. El nacionalista romántico o cultural exige la independencia política porque, además de ser un medio fundamental para fomentar dicha cultura, para él la independencia política ya se halla implícita en la idea de una cultura nacional autónoma. En otras palabras, lo político es o bien cultural de antemano o un mero instrumento para alcanzarlo. El nacionalista cívico, en cambio, considera tanto la autodeterminación política como la autorrealización cultural como bienes en sí mismos. Pero aun así tiende a asumir una relación interna entre ambos, aunque en principio no exista ninguna. La autorrealización cultural de un pueblo sólo puede ser asegurada mediante la autonomía política del tal pueblo únicamente en condiciones históricas específicas y ha llegado ya el momento de que dejemos de naturalizar este lazo como un precepto universal.

La cuestión de la contingencia

Esto no equivale a decir que todos los Estados étnicos, en el sentido de Estados basados en una *ethnie* única o dominante, han de ser borrados del mapa. Esto nos dejaría con una mínima parte del mundo. Resulta difícil ver lo que supondría borrar del mapa, por ejemplo, a China; y ya he sugerido que un Estado étnico puede ser el único medio efectivo para alcanzar la autodeterminación política en ciertas circunstancias. Lograr una democracia local y promover la identidad étnica de cada cual puede llegar a ser más o menos sinónimos. Es este aspecto progresista del nacionalismo el que los antinacionalistas dogmáticos tienden a pasar por alto, y asimismo es esta relación entre ser un pueblo y tener un Estado la que muchos nacionalistas tienden a universalizar erróneamente. Sin embargo, existe una dife-

rencia entre los Estados étnicos que son, por decirlo de alguna manera, el subproducto de la autodeterminación política, y las democracias políticas que son subproductos de Estados étnicos. Esta distinción puede ser parafraseada como la que se da entre Estados étnicos «contingentes» y «no contingentes». China es un Estado étnico porque su población es en su totalidad étnicamente homogénea, mientras que el Estado del *apartheid* sudafricano constituía un ejemplo bastante diferente de esta especie. Un Estado étnico contingente es aquel que, en principio, podría estar gobernado por antiguas minorías étnicas que han crecido hasta convertirse en mayorías, sin que esto haya ido en detrimento de ningún principio fundador o ideología oficial. Los Estados Unidos seguirían siendo los Estados Unidos aunque los latinos llegaran a ser una mayoría real de su población; hasta qué punto Irlanda del Norte seguiría siendo Irlanda del Norte en el caso de que sus ciudadanos protestantes se convirtieran en un poder minoritario es más difícil de determinar.

¿Cómo se aplicaría la argumentación que acabo de esbozar a Irlanda? La mayor parte del nacionalismo irlandés, desde los Irlandeses Unidos y los Jóvenes Irlandeses hasta la Hermandad Republicana Irlandesa y el actual Sinn Féin, ha tenido, al menos formalmente hablando, un carácter más cívico que étnico. Aun en las versiones anglófonas más militantes del credo, por regla general «irlandés» ha denotado más la ciudadanía de un Estado político putativo que la pertenencia a un grupo étnico. Tal y como sucede con muchos nacionalismos del Tercer Mundo hoy en día, la clase media nacionalista irlandesa, una vez cómodamente instalada en el poder, trató de fundamentar la base de su poder político e ideológico en la comunidad étnica mayoritaria, al tiempo que adoptaba formas cívicas de nacionalismo provenientes de otros lugares e intentaba adaptarlas a las condiciones locales.

Aun así, nadie niega el hecho de que el nacionalismo irlandés, al igual que muchos otros, ha manifestado tradicionalmente una fuerte tendencia, a veces virulenta y en ocasiones racista, hacia el particularismo étnico, y su reivindicación de una Irlanda unida a veces se ha sustentado, o al menos ha supuesto, este alegato étnico característico.

Rechazar la doctrina de que los pueblos tengan un derecho natural a su propio Estado político equivale a echar por tierra esta clase de reivindicaciones del nacionalismo irlandés. Supone rechazar, por ejemplo, la noción irredenta de que la comunidad gaélica de Irlanda del Norte tiene algún derecho natural en tanto gaélicos a sumarse al Estado político de sus colegas étnicos del otro lado de la frontera. No hay nada lamentable en sí mismo en cortar políticamente con el resto de la propia familia étnica. En realidad, puede llegar a ser una ventaja política: siempre cabe imaginar una situación, bien es verdad que lejana de la de los católicos norirlandeses, en la que un determinado grupo étnico puede, por pertenecer a otro Estado político, disfrutar de derechos y libertades de las que no disfrutaría en su supuesta patria. No hay necesariamente ninguna ventaja, tal y como han advertido muchos emigrantes irlandeses que han prosperado en

sociedades no gaélicas, en sumarse al grito de la mayoría. La idea de que los católicos en Irlanda del Norte están oprimidos simplemente por hallarse aislados mediante una frontera «artificial» de sus correligionarios étnicos y religiosos en la República de Irlanda es un mito sentimental. En efecto, los católicos de Irlanda del Norte están oprimidos, pero no por esa razón.

¡Victoria al MLF!

Otra consecuencia de este razonamiento es el abandono de la superstición de la unidad territorial, esa modalidad del determinismo geopolítico según la cual el territorio de Irlanda, o el de cualquier otro sitio, es uno por naturaleza. Esta integridad nacional, al igual que otras formas de unidad, en realidad no es más que un fetiche. El mero hecho de que Irlanda esté «dividida», dejando por un momento de lado las causas y consecuencias de dicha división, es tan lamentable como el hecho de que Europa lo esté. No hay nada intrínsecamente malo en que parte de la isla de Irlanda sea británica. No hay nada inherentemente fuera de lugar en dividir un territorio geográfico concreto en dos o veinte Estados diferentes, siempre y cuando esto potencie la causa del autogobierno democrático. También hay que refutar el supuesto de que el territorio de Irlanda corresponde de algún modo por naturaleza a los gaélicos, y que aquellos de ascendencia británica o de cualquier otra son, por consiguiente, intrusos extraños en su tierra. Los gaélicos son a su vez intrusos en Irlanda, al menos desde el punto de vista del Movimiento de Liberación de Firbolg¹. Muchos irlandeses, en 1798, dieron la bienvenida en sus costas a un grupo de intrusos extranjeros conocidos como los franceses, ya que consideraron que de ese modo fortalecerían su lucha por la democracia. Prácticamente cada palmo del planeta está ocupado por un poder extranjero, en el sentido de que casi todos los asentamientos actuales son el resultado de conquistas y usurpaciones. Sin duda, existe una enorme diferencia entre ser descendiente, como ocurre con los irlandeses, de un invasor extranjero y colonizar o ser colonizado en el presente. Los indonesios siempre podrían abandonar Timor Oriental y tendrían otro sitio a donde ir. Pero lo que importa no es el mero hecho de que un territorio haya sido alguna vez de alguien y ahora pertenezca a alguien distinto. Si esto fuera así, en la actualidad los británicos tendrían motivos legítimos para quejarse de que ya no gobiernan lo que ahora es la República de Irlanda. Lo importante es que la ocupación de un territorio conlleva la explotación, opresión y desposesión de sus actuales habitantes nativos. Si los firbolgs aún estuvieran en estas tierras, no tendrían ningún derecho a impugnar la conquista celta, ya que ha habido demasiados asentamientos históricos en todo este tiempo. Que ellos afirmen ser habitantes oriundos del país no les da derecho a ese título, y en cualquier caso sería seguramente falso. En cambio,

¹ Los firbolgs —«hombres del saco», en irlandés— era el pueblo mítico que se dice pobló la isla antes de la llegada de los celtas. Si aún vivieran hoy en día, ellos serían sin duda los que tendrían prioridad y más derecho a reclamar la posesión del lugar, en contra del colonialismo celta.

si la conquista celta tuviera lugar en la actualidad, estaría perfectamente justificado que se opusieran a ella. El hecho de que prácticamente todo territorio sea conquistado no puede ser empleado como una justificación estoica para desplazar y oprimir a la gente en el presente. No obstante, esto sigue siendo diferente a decir que un territorio particular es de alguien por naturaleza, ignorando el hecho de que haya sido poblado en algún momento por otras gentes. Y ninguna tierra es propiedad de un pueblo en el sentido de que pueda hacer con ella lo que quiera de la misma manera que yo podría quemar mis calcetinos si lo considerara oportuno.

Robo y marginalidad

La cuestión de los intrusos extranjeros puede plantearse de otro modo. Sin duda, los colonialistas británicos no deberían haber confiscado la tierra irlandesa, pero no porque esta tierra fuera de algún modo intrínseca y eternamente irlandesa. La tierra en Irlanda no es irlandesa en el mismo sentido en que son míos mis achaques y dolores. El hecho de que la tierra, a diferencia de otras clases de propiedades alienables, permanezca en el mismo sitio puede contribuir a alimentar esta ilusión. Las montañas de Slieve Bloom son permanentemente irlandesas en el sentido de que, a no ser que se empleara una cantidad excesiva de trabajo pesado, no pueden ser trasladadas fuera del país, pero no son irlandesas en el sentido de que nunca antes hayan sido la tierra de otra gente que no fueran los celtas, o que no lo puedan ser en el futuro. Los británicos no deberían haber expropiado la tierra irlandesa por el mismo motivo por el que un pueblo o un individuo no debería robar la propiedad de otro. Y esto es igual de válido en el caso de un pueblo que roba a otro de su misma etnia. Al margen de lo que pueda pensar la policía metropolitana, robar no es peor por el hecho de que el ladrón sea de un origen étnico diferente al de la víctima. Es cierto que el colonialismo es mucho peor que robar un bolso, puesto que apoderarse de un territorio extranjero supone atar de manera permanente a la totalidad de una sociedad a las prioridades políticas, económicas y culturales de los invasores. Pero no es peor que robar un bolso porque los que han visto expropiada su tierra, recursos y fuerza de trabajo sean de una etnia diferente a la de aquellos que perpetran el robo. En realidad, pueden no serlo, al menos en cierto sentido de ese endiablado término.

Otro supuesto que hay que rechazar, en este caso más de origen postmoderno que romántico, es que el hecho de ser una minoría sea de algún modo inherentemente opresivo. La expresión «minoría oprimida» ha llegado a convertirse en una tautología en nuestro tiempo, pero también éste es un espejismo sentimental. Ninguna democracia puede existir sin minorías, ya que son pocas las decisiones democráticas que se toman por unanimidad. Y alguien no está oprimido sencillamente por estar en desacuerdo. Las minorías no siempre están oprimidas, y los oprimidos no siempre están en minoría. Con relación a esta cuestión, el postmodernismo, con sus orígenes en gran parte americanos, tiende a pensar de forma provinciana, por ejemplo, en los afroamericanos en vez de pensar en los grupos étn-

nicos subordinados en la Sudáfrica anterior al CNA. Y, el marxismo, por supuesto, ha insistido durante mucho tiempo en que los oprimidos forman una mayoría. En principio, no hay nada malo en que la comunidad gaélica norirlandesa forme una minoría dentro de esta provincia, del mismo modo que no hay nada intrínsecamente positivo en pertenecer a una mayoría. El estatus de minoría de los nacionalistas norirlandeses tiene mucha importancia a la hora de comprender su opresión, pero ser una minoría no es una condición opresiva en sí misma. Los fisioterapeutas húngaros que residen en Suecia no tienen motivos de queja a este respecto. Únicamente un postmodernismo intelectualmente descuidado considera la condición de marginalidad *ipso facto* como positiva y oprimida casi por definición.

La comunidad nacionalista norirlandesa ha sido víctima de una violencia, opresión y discriminación considerable a lo largo de los años, pero esto no es un motivo suficiente como para exigir el derecho a ser ciudadanos de otro Estado. Sobre esta base, los inmigrantes bosnios en la República de Irlanda que en la actualidad son objeto de discriminación por parte de los irlandeses, podrían erigir su propio Estado también, a lo mejor en la parte sur de Dublín. Y hay mucha gente en todo el mundo que ha sido tratada por los de su propia etnia con bastante más dureza que con la que los unionistas norirlandeses han tratado a los católicos de Irlanda del Norte. El argumento nacionalista en Irlanda del Norte no debe basarse en último término en los agravios empíricos infligidos a la comunidad católica, por muy escandalosos que hayan podido ser, sino en la pretensión de que formar parte del Estado de otros a la fuerza es opresivo en sí mismo, independientemente de lo injusto o benévolo del trato que se reciba. Cabría imaginar que el Estado de Irlanda del Norte hubiera tratado a su minoría católica mejor de lo que lo ha hecho. En este sentido, parte de la opresión que sufre esta comunidad es históricamente contingente, aunque no por ello menos real y digna de rechazo, y desde luego se podría especular acerca de una mejora en el trato que podría recibir en el futuro. Para que las exigencias de acabar con este Estado de una vez por todas fueran convincentes tendrían que fundarse en principios políticos, y no simplemente en el modo vergonzoso en el que los unionistas se han comportado realmente en la mayor parte de los casos. Pero esto nos devuelve sencillamente a la cuestión de *por qué* habría que considerar opresivo formar parte de otro Estado. Los nacionalistas norirlandeses se sienten oprimidos porque forman parte del Estado de Irlanda del Norte en contra de su voluntad, pero una de las razones por las que ello va en contra de su voluntad es porque consideran esta pertenencia como una forma de opresión en sí misma, independientemente de cómo se les trate realmente.

La mayoría no siempre tiene la razón

Si el planteamiento aquí expuesto es correcto, las razones de esta perspectiva no pueden basarse simplemente en que se es una minoría cuando de hecho se podría ser una mayoría, o en que el terri-

torio en disputa fue en algún momento propio, o en que el Estado al que uno pertenece está dominado por una etnia diferente de la propia, o en que, si uno no hubiera sido tiranizado de acuerdo con este modelo, sería libre de unirse a otro Estado gobernado por una etnia de la misma familia. La respuesta ha de formularse en términos de autodeterminación democrática, aunque no en el sentido en el que la izquierda política ha empleado frecuentemente esta expresión para Irlanda. Autodeterminación democrática no significa que lo que decida hacer la mayoría de los irlandeses, dejando en principio de lado la difícil cuestión de qué constituya la mayoría significativa en Irlanda, sea necesariamente lo que haya que hacer. Las mayorías optan con demasiada frecuencia por cosas erróneas, tales como la pena de muerte o la monarquía. Esto no supone defender que habría que dejar de lado los deseos de la mayoría en Irlanda, y menos por un vanguardismo dispuesto a matar en nombre de lo que idealmente debería desear el pueblo irlandés. Simplemente se trata de señalar que si una Irlanda unida, por ejemplo, es un objetivo deseable, ello no depende de cuántos irlandeses quieran que así sea, sin que esto implique sugerir que, en el caso de que una mayoría realmente lo deseara, se les debería negar a la fuerza. Ni significa defender que una Irlanda unida sea un objetivo indeseable aunque sólo la quiera una minoría de irlandeses. Los provos están en lo cierto al menos en esto, a pesar de que de ello no se desprenda, una vez más, que la gente tenga que tragárselo a la fuerza. El socialismo y la falibilidad del Papa también responden a creencias rechazadas por la mayoría de los irlandeses, pero en sí mismo esto no los convierte en indeseables. La autodeterminación democrática es, por el contrario, la base sobre la que se puede asentar el deseo de dismantelar el Estado de Irlanda del Norte, en contraposición a las doctrinas acerca de las virtudes inherentes a la integridad territorial, la esencial unidad del pueblo irlandés, la injusticia que supone que los étnicamente extraños hayan robado la tierra hace algunos siglos, la presencia de un Estado extranjero en un territorio propio por naturaleza, la indignidad de ser reducido a una minoría en el propio país, el modo vil en el que históricamente uno ha sido tratado y la opresión intrínseca que supone haber sido separado artificialmente de la propia familia étnica.

Sin embargo, lo fundamental es que desde el principio los nacionalistas irlandeses de hoy en día nunca deberían haberse colocado en una situación tal en la que les resultara verosímil abrigar estas dudosas creencias. Lo que les llevó en esta situación fue la creación en el Ulster, a principio del siglo XX, de un ejemplo clásico de Estado étnico, conocido como Irlanda del Norte. Algunos nacionalistas irlandeses mantuvieron que esto no estaba justificado porque los protestantes del Ulster no constituyen de hecho un pueblo diferenciado, y en este sentido no tienen ningún derecho a un Estado político propio. Algunos críticos del nacionalismo irlandés sostienen que en realidad sí lo son, habiéndose conformado como un pueblo a causa de su historia y de haber habitado en una tierra distinta a la originaria, y que, por consiguiente, tienen tanto derecho a un Estado propio como el que puedan tener los gaélicos que tienen al sur. Nuestro

presente argumento no respalda ninguna de estas perspectivas. Es cierto que los protestantes del Ulster constituyen un pueblo diferenciado, en la medida en que se puede decir que los pueblos son diferentes, pero esto no es un motivo por el que pudieran reclamar su propio Estado político. Los hay que sostendrían que ellos no lo reclamaron en ningún caso, sino que simplemente eligieron permanecer en el seno del Estado británico multiétnico existente. Y así lo hicieron; aunque esta decisión en la práctica les garantizara su propia parcela de autoridad política como pueblo. También los hay que piensan que una alternativa al modelo organizativo existente hoy en Irlanda debería ser una soberanía compartida sobre el norte de Irlanda por Dublín y Westminster. Esta propuesta suscribe de manera más bien enrevesada la falacia del nacionalismo romántico sobre la relación intrínseca entre cultura y política.

Chovinismo y autodeterminación

Hemos visto que hay distintas formas de justificar la existencia de Estados étnicos, pero ninguna de éstas puede aplicarse a la invención de Irlanda del Norte. Los protestantes del norte no estaban amenazados de genocidio, y no necesitaban crear su propio Estado para garantizar la autodeterminación democrática. No hay motivos razonables para creer que si hubieran unido su suerte a la del Estado Libre de Irlanda habrían sido privados de sus derechos civiles y democráticos. En realidad, ésta no era su preocupación fundamental: era su hegemonía cultural y económica por lo que más temían. En el Estado Libre seguramente se les habría reducido a una minoría, aunque ya hemos visto que no hay nada inherentemente negativo en ello. Los unionistas del norte tenían motivos suficientes como para creer que un Estado Libre gaélico étnicamente chovinista podría poner en peligro su cultura y su religión en un brote de triunfalismo tras su recién alcanzada independencia. Este Estado debe aceptar un grado de responsabilidad considerable por la alienación de los unionistas, y, en el caso de que éstos hubieran consentido en unirse a él, habría tenido que asumir la tarea de asegurar su acogida y su posibilidad de prosperar.

Sin embargo, apoyar y proteger identidades culturales o étnicas diferentes no puede tener prioridad respecto a la cuestión de la autodeterminación política para la mayoría, y menos aún cuando la función vital de esa mayoría democrática es la de cuidar las condiciones en las que las minorías podrían florecer por doquier. Uno de los rasgos más reaccionarios de la teoría postmoderna es que se siente excesivamente incómoda con este tipo de enunciados; en este sentido, no es en absoluto sorprendente que algunos de los unionistas más astutos estén adoptando en estos momentos el lenguaje de la política de la identidad y de los estudios culturales. Resultaría inaceptable para la comunidad china de Birmingham convertirse en una mayoría política mediante una astuta redefinición de las fronteras de la ciudad con el fin de afirmar más vigorosamente su identidad cultural. Tal y como hemos visto, se trata del error del nacionalismo romántico que consiste en pensar que el florecimiento de la propia cultu-

ra única como pueblo hace necesario un Estado político propio. Paradójicamente, los unionistas cometieron, por tanto, justamente el mismo error que los irlandeses de Irlanda a los que tanto detestaban. Probablemente estaban en lo cierto al temer por su autonomía cultural en la nueva Irlanda, pero erraron al creer que esto justificaba por tanto su independencia política de ésta. Estaban tan obstinados en ello como los nacionalistas irlandeses, que creían que la razón por la que merecían la independencia política era porque eran miembros de una cultura étnica distinta. Dado que ésta era probablemente la opinión mayoritaria entre los nacionalistas que lograron cierto grado de independencia política para Irlanda, esa independencia se logró casi con toda seguridad gracias, al menos en parte, a razones equivocadas.

Aunque así fuera, se podría seguir argumentando que los unionistas tenían derecho a seguir siendo británicos. Pero el significado de ser británico precisa de un análisis más detenido. No hay en sí mismo ningún mérito en ser un súbdito británico. Es mejor ser ciudadano de una sociedad que garantiza los derechos democráticos y las libertades civiles que pertenecer a otra que no lo hace; sin embargo, políticamente hablando, existe tanta diferencia entre escoger entre estas dos formas positivas determinadas de gobierno, como pueda haber en elegir entre el azul o el rosa. Puesto que el asunto es puramente formal, no hay gran cosa en la que basarse para tomar una decisión de peso. En cuanto a la ciudadanía política, por consiguiente, en el presente no hay mucho que elegir entre la República de Irlanda y el Reino Unido, si dejamos de lado el hecho de que la primera, por lo general, tiene mejor historial en lo que se refiere a los derechos humanos. Alguien podría preferir ser británico en parte por razones económicas, tal y como lo hicieron los unionistas en el período de la independencia irlandesa; pero aspirar a disfrutar de los beneficios económicos que una nación ha llegado a acumular para sí misma en un momento histórico específico no es lo mismo que querer disfrutar de esa identidad nacional permanentemente. Las ventajas económicas en cuestión pueden resultar un tanto efímeras, tal y como se ha demostrado en Irlanda del Norte. Querer ser británico cobra sentido únicamente si se interpreta como un deseo *cultural*, y esto quiere decir que se da un gran valor a la cultura británica, incluyendo, sin lugar a dudas, sus instituciones políticas, y que se desea ser parte de ella. Y, aquí, las preferencias cobran en realidad sentido: no hay nada chovinista o etnocentrista en sentirse más satisfecho con una identidad cultural en particular que con otra, siempre y cuando esto no implique denigrar o excluir esas otras identidades. De hecho, los unionistas han adoptado con demasiada frecuencia una desagradable actitud de supremacía hacia la cultura gaélica, y no es un secreto que su deseo de seguir siendo británicos forma parte de un tipo de identificación negativa; dicho de otro modo, no desean unirse a un Estado gaélico. No obstante, esto no debería ocultar el hecho de que también tienen razones positivas, aunque sean difíciles de racionalizar y en ocasiones más difíciles de creer, para afirmar su identidad cultural como británicos. Lo cierto es que en estos momentos existen menos motivos si cabe para sostener el prejuicio del nacionalismo románti-

co de que ello sólo puede lograrse mediante un Estado político propio. En realidad, la elección es más cultural que política; a pesar de que los unionistas, al igual que los irlandeses, los provos y los post-modernos, se muestren incapaces de discriminar de un modo efectivo entre estos dos ámbitos.

¿Socavando el unionismo?

No se trata tampoco de defender al Estado de Irlanda del Norte por ser étnicamente «contingente», en el sentido en el que he venido empleando este término. Todo lo contrario, su diseño responde precisamente al de un Estado étnico, basado internamente en el predominio de un grupo étnico sobre otro. Se podría argumentar que esto podría cambiar en el futuro en la medida en que la democratización interna socave la hegemonía unionista. Esto es, presumiblemente, a lo que aspiran tanto los liberales y algunos nacionalistas, como los lealistas más progresistas, tras las reformas políticas que de un modo un tanto precario se están llevando a cabo ahora mismo en la provincia. Si la comunidad nacionalista en Irlanda del Norte estuviera de algún modo en condiciones de disfrutar de plenos derechos democráticos, entonces, al hilo de la argumentación que vengo proponiendo, el hecho de que continuara siendo una minoría no sería *ipso facto* un motivo de queja, en la medida en que dicha queja supondría aceptar los principios del nacionalismo romántico relativos al derecho político inherente a la etnicidad. En cualquier caso, con el paso del tiempo, el cambio demográfico puede propiciar que los nacionalistas adquieran el estatus de mayoría dentro de la provincia. Pero resulta difícil imaginar cómo la comunidad nacionalista podría lograr de hecho plenos derechos democráticos, si esa noción se contempla a la luz de la presente argumentación. El problema no es que el motivo por el que la comunidad nacionalista nunca pueda lograr plenos derechos en Irlanda del Norte se deba a que dichos derechos dan por sentado ante todo que no debería estar ahí, sino en la República de Irlanda, tal y como sostendrían algunos nacionalistas. Ya hemos visto que no existe ninguna virtud especial en sumarse a la mayoría, que la división política de un territorio no es en sí misma insoportable, que ser separado de la propia etnia no constituye automáticamente una injusticia, y que el derecho a un Estado político propio no emerge automáticamente de la propia etnicidad. Si se garantizaran plenos derechos democráticos a la comunidad nacionalista norirlandesa, no existiría en principio, con todos los respetos hacia los nacionalistas, ninguna razón por la que no debería, políticamente hablando, quedarse donde está. Pero para que esto pudiera suceder, habría que transformar una sociedad étnica no contingente en una sociedad étnica contingente; y resulta difícil imaginar cómo podría lograrse en un Estado que ha sido étnicamente injusto desde su fundación, y en el que, a diferencia, por ejemplo, de la Sudáfrica anterior al CNA, el grupo étnico dominante constituye la mayoría. Desde luego, el cambio demográfico puede en última instancia hacer que la minoría católica se convierta en una mayoría; pero resulta dudoso que la justicia política tenga que abandonarse a los caprichos demográficos. Aunque se determinara algún tipo de

reparto de poder entre ambas comunidades en el norte de Irlanda, sería difícil imaginar cómo ello podría contribuir a la transformación de un Estado que en lo esencial es étnicamente no contingente, ya que se trata en primer lugar de una cuestión esencialmente geopolítica y no contingentemente institucional.

No está claro, entonces, que una Irlanda del Norte transformada radicalmente, aun en el supuesto de que una entidad semejante pudiera existir, tuviera ya una *raison d'être*. Si el Estado fuera justo y equitativo es dudoso que su existencia siguiera siendo necesaria, lo cual no es el caso de, por ejemplo, Turquía. Únicamente tendría razón de ser para aquellos ciudadanos que creen erróneamente que su existencia es una condición fundamental para poder seguir disfrutando de una identidad cultural británica. Pero lo cierto es que la conexión británica más que alimentar lo que ha hecho es perjudicar y dañar la identidad cultural de los protestantes. Y esto es lo que ha ocurrido realmente con la comunidad nacionalista norirlandesa que, en este sentido, no sólo ha sido víctima de la brutal injusticia británica, sino que además ha visto cómo su identidad cultural se veía constreñida por un cerco mental similar al de los unionistas. Por consiguiente, acabar con la división sería una oportunidad para que los protestantes descubrieran lo que tienen en común con los que se sitúan al sur, y para que los nacionalistas norirlandeses comenzaran a explorar sus diferencias con respecto a este mismo pueblo. Una Irlanda indivisa y próspera sería aquella en la que los menos proclives a la integración fueran los católicos del norte, mientras que los protestantes del norte se mostrarán mucho más favorables a la misma, en cuyo caso la unión beneficiaría más a los protestantes que a los católicos. Si el Estado de Irlanda del Norte se dismantelara, dos culturas profundamente patologizadas podrían comenzar a recibir el reconocimiento que merecen. Lo paradójico de Irlanda del Norte es que, una vez que se convirtiera en un lugar en el que la comunidad nacionalista pudiera sentirse totalmente en casa, estas culturas ya no la necesitarían, así como una vez que los unionistas se mostrarán dispuestos a unirse a la república, podrían saborear lo distintivo de su cultura sin sentirse obligados a empuñarla como un arma agresiva o un escudo defensivo.

Dominación y predominio

Pero, si es un error creer que los protestantes del Ulster tienen derecho a su propio Estado en virtud de su estatus de pueblo, ¿no se aplicaría esto igualmente a aquellos que habitan en la República de Irlanda? ¿No se limitaron los protestantes a pedir para sí lo mismo que exigiera el Estado Libre de Irlanda? ¿Por qué se consiente a los gaélicos lo que no se consiente a los de otro origen? Seguramente podríamos ver la creación de Irlanda del Norte como un loable intento por parte de los unionistas por defenderse de un Estado étnico cuasi-teocrático, profundamente intolerante, al sur. Lo cierto es que el Estado Libre de Irlanda estaba dominado por un grupo étnico específico, tal y como lo está en la actualidad la República de Irlanda; y, en esa medida, lo que invalida el Estado del norte, podría parecer

que invalidaría también al Estado Libre de Irlanda. Pero, en primer lugar, habría que distinguir aquí dos significados de «dominación»: dominación como poder injusto sobre otros, y dominación como presencia mayoritaria, para lo que «predominio» sería una palabra más acertada. Debido a su dominación en el segundo sentido, los gaélicos del Estado Libre podrían haber ejercido su dominación sobre los protestantes del Ulster en el primer sentido, de haber optado éstos por unirse al Estado Libre. Pero, de hecho, decidieron no hacerlo; los gaélicos del Estado Libre tienen bien poco sobre lo que ejercer su dominio, étnicamente hablando, al margen de un puñado de angloirlandeses; en cambio los protestantes crearon su propio e injusto poder de dominio; y un subjuntivo político no es conmensurable con un indicativo político.

En segundo lugar, la República de Irlanda está dominada de un modo étnicamente «contingente» en un sentido en que no lo está Irlanda del Norte. Algunos de los que lucharon por la independencia irlandesa bien pudieron adherirse a esa causa porque creían en la superioridad de los gaélicos respecto a los *sassenach*², o porque la tierra era suya de modo natural, o simplemente por razones nacionalistas igualmente vergonzosas y vulgares. Pero, a pesar de que su conflicto con Gran Bretaña fue ideológicamente conjugado, la esencia histórica de su revolución fue anticolonialista. Ya lucharan en nombre de Maeve y de Cuchulain o bajo la bandera del republicanismo socialista internacional, la consecuencia histórica de sus luchas fue un aumento de la autodeterminación democrática, dado que los asuntos políticos de la mayor parte de Irlanda dejaron de estar subordinados en general a los intereses de Gran Bretaña y en su lugar pasaron a manos de la democracia burguesa irlandesa.

La nación irlandesa que finalmente consiguió la independencia, y que garantizó los derechos civiles para todos sus miembros sin distinguirlos por su origen étnico, estaba de hecho dominada por un único grupo étnico. (Por supuesto, se habría dado un mejor arreglo, étnica y culturalmente más diverso, si los unionistas no se hubieran separado.) Pero ya hemos advertido que éste es con frecuencia el modo de actuar de estos movimientos anticolonialistas, donde a menudo resulta difícil distinguir en la práctica entre autodeterminación política y autoafirmación étnica, ya que el pueblo que aspira a la independencia suele pertenecer mayoritariamente a un único grupo étnico. Que esto sea así no invalida en modo alguno sus luchas por la libertad política, aunque lo cierto es que les impone la responsabilidad de proteger, entre otros, los derechos del resto de los grupos étnicos. Dada la renuncia de los unionistas del norte, en Irlanda esto vino a quedarse en poco más que una discusión académica. Un Estado como el de Irlanda del Norte, que es constitutivamente étnico, difiere de un Estado postcolonial en el que se da una mayoría étnica específica, pero que en principio no necesita de ella para existir, y que, debido a que emerge de las ruinas de la autoridad colonial, representa en su conjunto una extensión de la democracia política.

² Término empleado de forma peyorativa para referirse a los ingleses. (*N. de la T.*)

Un planteamiento no-nacionalista

La conclusión, entonces, es un planteamiento no-nacionalista a favor de una Irlanda unida, al menos en el sentido en que se ha entendido comúnmente el nacionalismo. No es que una Irlanda unida sea un bien inherente, sino que Irlanda del Norte es inherentemente imperfecta. Es imperfecta, en parte, porque se asienta sobre la falsa premisa del nacionalismo romántico acerca de las relaciones entre cultura, etnicidad y política, y en parte porque las consecuencias prácticas de esta premisa han sido profundamente antidemocráticas. Una Irlanda no dividida sería, por consiguiente, un medio para remediar esta deficiencia, y no un bien en sí mismo por el que luchar. Proponer una solución no-nacionalista para una Irlanda no dividida al menos tiene la ventaja de enfadar a casi todo el mundo; pero no se trata de sugerir que no hay nada que decir en favor del nacionalismo, un proyecto al que Anthony Smith ha elogiado acertadamente por su «defensa de las minorías culturales; su recuperación de historias y literaturas “perdidas”; su inspiración de los renacimientos culturales; su resolución de las “crisis de identidad”; su legitimación de la solidaridad social y comunitaria; su inspiración de resistir contra la tiranía; su ideal de soberanía popular y movilización colectiva...»³. El caso es que no hay ninguna necesidad de acudir a semejante proyecto para abogar por una Irlanda unida, y sí demasiados peligros.

Sin embargo, cabe la posibilidad de revisar, a la luz de lo que se ha dicho, los argumentos más vergonzosos a favor de una Irlanda unida, y rescatar el grano de verdad de sus mistificados caparazones. La integridad territorial o la unidad de un pueblo no tienen en sí mismas absolutamente ninguna virtud, pero es más probable que un territorio carente de fronteras internas favorezca las ventajas de la pluralidad y la heterogeneidad que uno dividido. Los pluralistas liberales, hoy legión a ambos lados de la frontera irlandesa, que abogan por una Irlanda más multicultural, y que al mismo tiempo prestan su apoyo al menos de forma tácita a la división, corren el riesgo de contradecirse. Oponiéndose a la hipótesis unionista de que las sociedades totalmente interculturales son indeseables, refuerzan la hipótesis unionista de que es probable que la cultura de los protestantes del Ulster desaparezca si se unen a la república. En pocas palabras, ellos encarnan la contradicción entre pluralismo cultural y política de la identidad, posiciones que los postmodernos no pueden ni abandonar ni reconciliar de manera adecuada. La idea de la unidad étnica es en efecto un fetiche peligroso; pero aun así tiene algún valor estar por algún tiempo con los de la propia familia étnica, al igual que con la familia, los colegas o los amigos, ya que esto propicia cierto sentimiento espontáneo de comunidad en sí mismo valioso. Nada justifica la dogmática premisa postmoderna de que dicho sentimiento de comunidad debe ser siempre y en todas partes nostálgico, sofocantemente consensual, celosamente excluyente con los otros y «esencialista». Pero si estar codo a codo con los iguales tie-

³ Anthony D. Smith, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, 1986, p. 18.

ne algún valor, más valor tiene estar codo a codo con los que no lo son. En este sentido, una Irlanda no dividida beneficiaría mucho más a los protestantes del norte y a los gaélicos del sur que a los católicos del norte.

Una contradicción violenta

No es cierto, como hemos visto, que ser una minoría implique necesariamente estar oprimido. Aun así, los nacionalistas norirlandeses tienen algún derecho a protestar contra su estatus de minoría, debido a que, aunque no sea equivalente a su opresión, está estrechamente ligado a ella. No está justificado reclamar un territorio como propiedad natural de uno, lo que no significa invalidar el derecho a quejarse cuando la tierra en la que uno se ha asentado es usurpada. No hay nada malo en principio con que lo que antes fuera el propio país pertenezca ahora a un poder extranjero, y que este poder sea de una etnia diferente a la de uno no viene al caso. Pero si una de las consecuencias de este poder extranjero es reforzar una estructura de poder nativa que es injusta y despótica en algunos aspectos fundamentales, entonces hay motivos para oponerse a ella. El hecho de que esta estructura de poder haya tratado a algunos pueblos de forma violenta y opresiva no es en sí misma una justificación para que éstos opten por ser miembros de un Estado dominado por los de su propia etnia. Puede ser un motivo suficiente para que opten por una ciudadanía política diferente, tal y como ocurre con los refugiados políticos en general, pero en principio no existe ningún motivo por el cual, en este caso, la etnicidad sea pertinente. Aun así, el hecho de que los católicos del norte hayan sido maltratados por los unionistas ha contribuido de manera comprensible a su sentimiento de que estarían mejor fuera de la república, y ha creado la clase de animadversión que ha podido situar al Estado del norte lejos de la posibilidad de una reforma adecuada, en el caso de que una reforma adecuada fuera posible.

Sin embargo, ningún conjunto de medidas políticas puede surgir a partir de esta argumentación. Pues sugiere que los republicanos que se opusieron al Tratado Angloirlandés de 1921, que suponía la partición de la isla, estaban en su derecho, pero no que estuvieran en su derecho por los motivos correctos, o que deberían haber llevado a cabo por este motivo una sangrienta e impresionante guerra civil. También indica que aquellos republicanos irlandeses que en la actualidad tienen puestas sus esperanzas en el desmantelamiento definitivo del Estado de Irlanda del Norte, más que en un *modus vivendi* permanente en su seno, también están en su derecho, pero de ello no se desprende que estén legitimados para emplear la fuerza con el fin de lograr dicho objetivo. La Iglesia Católica Romana, a la que se adhieren algunos de estos republicanos, ha establecido una serie de condiciones para justificar moralmente el uso de la violencia. Entre las que figura el hecho de que ésta ha de ser empleada en una causa justa, que asegure algo mejor en contrapartida al sufrimiento infligido; que debe ser ante todo defensiva; que debe emplearse como último recurso una vez agotados todos los medios

pacíficos; que debe dirigirse contra los combatientes y no contra los civiles, y que debe contar con altas probabilidades de éxito. Se debería añadir a estos reparos que la violencia no puede ser usada por una vanguardia que actúe en nombre de lo que se considera que un pueblo debería querer, y que tampoco debería emplearse simplemente como un medio de promocionar la propia presencia en la escena política. Resulta difícil ver cómo la campaña militar republicana cumpliría las suficientes condiciones como para estar moralmente justificada. Pero una verdad bastante aceptada dice que se deberían abandonar los principios morales en el momento en que empiezan a interferir en la vida cotidiana de uno.

No parece probable que el planteamiento que acabo de exponer vaya a tener ninguna repercusión en los pasillos en los que se dirige el poder o en las calles de Irlanda del Norte. Lo que sucederá probablemente en las calles de ambas comunidades del norte, es una aceptación pragmática de una reforma del *status quo*, dejando en suspenso una perspectiva difusa acerca de la unidad irlandesa definitiva en el bando nacionalista, lo que no es poco tras tantas décadas de violencia y sufrimiento. Pero, aun así, es preciso decir algo para abordar de un modo necesariamente abstracto algunos de los supuestos filosóficos encubiertos de ambos bandos. Durante demasiado tiempo, muchos nacionalistas irlandeses han defendido un objetivo acertado empleando razonamientos erróneos. Abrir la doctrina del Estado étnico a un examen crítico podría ser un modo de enterrar esta contradicción.

Introducción al diálogo sobre el futuro de China

El movimiento estudiantil que surgió en Pekín en marzo de 1989 y creció hasta convertirse en una conmoción nacional, que suscitó la protesta de millones de ciudadanos en la capital y en todo el país contra la respuesta oficial a la crisis hasta que la ocupación de la plaza de Tiananmen fue reprimida por el ejército en la noche del 4 de junio, permanece como un acontecimiento crucial de la historia de la China contemporánea. Diez años después, la mayoría de los principales activistas del 4 de junio viven en el exilio, como miembros de una diáspora intelectual china más numerosa que mantiene estrechos contactos con la vida cultural en la China continental, así como con sus equivalentes en Taiwán y Hong Kong. La relativa estasis política en la RPCh se ha visto acompañada por una importante ebullición de los debates y una diversidad de ideas dentro de esta comunidad más amplia, uno de cuyos motivos centrales ha sido el significado y las consecuencias del 4 de junio.

En conmemoración del décimo aniversario del movimiento, la NLR organizó un debate acerca de su legado y enseñanzas para el futuro de China entre tres destacados participantes: Wang Dan, Wang Chaohua y Li Minqi. Estudiante de historia, Wang Dan (nacido en 1969) fundó el Salón de la Democracia en la Universidad de Pekín, que fue un foco de agitación en 1988, antes de hacerse miembro del Comité Permanente de la Unión Autónoma de Estudiantes en la ciudad y ser una figura notable en la huelga de hambre y en la sede central de defensa de la plaza en mayo-junio. Figuraba en primer lugar en la lista de los veintiún estudiantes más buscados por la policía, cuyas imágenes fueron emitidas por la televisión nacional tras el aplastamiento de la revuelta; fue capturado en octubre y condenado a cuatro años de prisión. Liberado en 1993, fue encarcelado de nuevo por subversión en 1995. Finalmente, en la primavera de 1998 fue puesto en libertad y obtuvo el permiso de las autoridades para abandonar China hacia los Estados Unidos. En la actualidad es estudiante de primer ciclo en *Chinese studies* en la Universidad de Harvard.

Wang Chaohua (nacida en 1952) formó parte de aquella multitud que fue enviada al campo durante la Revolución Cultural; pertenecía al

departamento de graduados de la Academia China de Ciencias Sociales, al que representó en el Comité Permanente de la Unión Autónoma de Estudiantes hasta el aplastamiento de la revuelta. Una de las dos únicas mujeres señaladas como organizadoras clave en la lista de los más buscados del 13 de junio, después de pasar ocho meses en la clandestinidad escapó del dispositivo policial y consiguió llegar a Occidente a principios de 1990. En la actualidad cursa el doctorado en literature china en la Universidad de California, Los Ángeles.

Li Minqi (nacido en 1967) por aquel entonces licenciado por la Universidad de Pekín, fue uno de los miles de estudiantes movilizados por el movimiento en la capital que volvió a sus estudios después de la represión. Un año después fue detenido por pronunciar un discurso en conmemoración del 4 de junio, en su primer aniversario, en el «triángulo» del campus de Beida, epicentro del movimiento de 1989. Condenado a dos años de prisión, fue liberado en 1992. En la actualidad cursa el doctorado en economía en la Universidad de Massachusetts, Amherst.

La revista planteó veinte preguntas a estas tres diferentes figuras del movimiento del 4 de junio. El posterior debate se celebró en Harvard el 21 de febrero¹ y fue moderado por Leo Ou-fan Lee, profesor en el departamento de lenguas y civilizaciones de Asia Oriental y decano de los estudios sobre literatura china en Occidente. Reciba desde aquí nuestro agradecimiento por haber aceptado moderar el diálogo. El resultado es un documento extraordinario.

¹ La última pregunta, acerca del bombardeo de la embajada china en Belgrado, se hizo a finales de mayo y fue contestada por escrito.